

844
9.

ΔC25
728



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Imp. de Antonio G. Izquierdo.—Doctor Mata, 3. Telef. 1.612—Madrid.

UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X" DE BURGOS

Prefacio de la primera edición.⁽¹⁾

Muchos críticos (2) me han hecho el honor de refutar el método empleado en los trabajos que vais á leer. Precisamente es dicho método lo que me propongo explicar y justificar aquí.

Véase de qué manera: si se descompone para analizarlo un personaje, una literatura, un siglo, una civilización ó un grupo natural cualquiera de acontecimientos humanos, se verá que todas sus partes dependen unas de otras, lo mismo que los órganos de una planta ó de un animal.

En un mismo siglo, por ejemplo, la filosofía, el arte; la forma de estar constituida la familia y de estarlo el Gobierno; las costumbres privadas y públicas, y todos los aspectos de la vida de una nación, se presuponen los unos á los otros, de tal manera que ninguno de ellos podría alterarse sin que se alterara

(1) Este prefacio apareció en el *Journal des Débats* del 24 de Enero de 1858.

(2) M. Sainte-Beuve, M. Guillaume Guizot, M. Gustave Planche, M. Prévost-Paradol, M. Weiss.

el resto también. Pues asimismo, en un poeta, el estilo, la elección de asunto, la índole de los caracteres, las creencias y los hábitos, todas las partes del alma y las faces del talento, se complementan las unas á las otras, de tal manera que si una de ellas se transformara las demás no podrían subsistir. El hombre no es un conjunto de piezas contiguas, sino una máquina de ruedas coordinadas; es un sistema y no un simple amasado.

¿De dónde procede esta dependencia mutua é invencible y por cuáles relaciones tantos hilos separados se unen en un solo haz?

Si descomponéis, una tras otra, todas las partes de un grupo, hallaréis que están todas gobernadas y formadas por un pequeño número de fuerzas y con más frecuencia por una fuerza única, la cual produce la armonía de todas las partes y mantiene su unión.

En un mismo siglo, por ejemplo, la filosofía, la religión, las artes, la familia y el Estado, reciben su singular carácter de alguna inclinación ó de alguna facultad predominante.

Es una misma la inteligencia y uno mismo el corazón que allí han pensado, querido, imaginado y ejecutado; es decir, que ha sido la misma situación general ó el mismo natural innato los que han formado y regido las obras esparcidas y diversas; el mismo sello se ha impreso de varios modos en diferentes materias, y ninguna de sus impresiones podría cambiar, sin que se promoviera el cambio de las otras, porque nada de entre ellas se muda, sino mudándose el sello. De modo que para conocer al hombre lo

que hay que hacer no es acumular observaciones, sino desentrañar una fuerza; no son olas esparcidas que hay que recoger, sino un manantial que recibir.

Que sea el hombre infinitamente múltiple; que se derive su manera de ser, de su familia, de sus conciudadanos, de sus contemporáneos, de sus lecturas, de su condición social y de mil accidentes contrarios, ó de infiltraciones innumerables que hayan dimanado de todos los puntos del horizonte, para formarle y nutrirle, poco importa; lo importante es señalar la dirección y la potencia de la corriente que le arrastra, sentir qué energía la impulsa, prever hacia qué lecho se precipita; conocer, pues, un objeto cualquiera ó conocer su causa y seguirla á través de todo el orden de sus efectos.

A esto se suele replicar: «Tal cosa no es posible; el hombre es muy complejo; no basta una fórmula para explicarle; si señaláis en él dos ó tres líneas generales, omitís en cambio cincuenta; en una civilización, como en un individuo, hay siempre cien mil matices y vos les confundís en un solo color.»

«Una aristocracia de cortesanos que hacen vida de salón y el gusto de las ideas generales y mediocres que se pueden allí exponer, he aquí las dos circunstancias primordiales y predominantes, á las cuales reducís nuestro siglo XVII. ¿Acaso no encerraba otra cosa? Sin necesidad de ir más lejos, allí se verá la imitación de España, el respeto á los clásicos, restos de tosquedad feudal, cierto aire de libertinaje algo disimulado, gustos de cierto adelantamiento de la Regencia, los primeros atisvos de las ideas humani-

tarias, un poco de misticismo y no sé qué otros caracteres, que no se podrán suprimir sin alterar la fisonomía de aquel tiempo. Compendiar de aquel modo es destruir, y vuestros resúmenes serán, pues, verdadera mutilación.

»Historiador, orador. En estas dos palabras queréis encerrar toda la gran personalidad de Tito Livio; mucho temo que se ahogue. Todos los romanos fueron oradores, y sin embargo cada uno de ellos se distingue de todos los demás. Este era patricio, patriota, religioso, hombre honrado; más sobrio que Cicerón, más regular que Salustio, más sencillo que Tácito; tenía calidades, defectos y sentimientos que sólo correspondían al tiempo en que él vivió, á las circunstancias que lo conformaron, al modo especial de su talento. Basta sin duda una línea, para trazar una figura de geometría; pero se necesitan mil, infinitamente cruzadas y plegadas, para formar una figura humana. Muchas veces que creéis haber trazado un rostro no habéis trazado sino una circunferencia ó un cuadro.»

Esto es concluyente contra una crítica que quisiera pintar; pero no lo es contra una que aspire á filosofar. Pintar es hacer ver, y una aplicación especial de la pintura es hacer ver los personajes del pasado. Si cualquiera en esto se empeña, será necesario que se halle preparado por estudios propios de artista, para realizar este trabajo de artistas; que hubiera sido en su juventud novelista, como Walter Scott, y hasta poeta; que á título de tal perciba naturalmente y á primera vista los más leves matices y las débiles relaciones de entre los sentimientos; que poco á poco

el aumento de la edad y la mayor flexibilidad de la reflexión hayan añadido en él la ciencia del psicólogo al artista; que la finura peculiar del espíritu francés, la delicadeza parisiana, la erudición propia del siglo XIX, el epicureísmo de la curiosidad, la ciencia del hombre y de los hombres le hayan formado un tacto exquisito y único; y así dotado y prevenido irá recogiendo entre las letras y las delicadezas de lenguaje una verdadera galería de retratos históricos; se deslizará en torno de sus personajes, de las palabras, de cada una de las actitudes de ellos, en cada ademán y cada gesto; volverá sobre sus pasos, matizando sus primeros colores con tintas nuevas más ligeras é irá de este modo, de retoque en retoque, sin dejar de percibir el contorno complejo y cambiando la luz frágil y fugaz, que es el símbolo y como la flor de la vida.

Para el observador esto no sería suficientemente un retrato: comprendería que la pintura tenía que variar con los cambios mismos del personaje pintado y le describiría en la adolescencia, en la juventud, como adulto, en la madurez y la ancianidad, en la corte y la guerra, y bajo todos sus hábitos y todos sus gestos; igualaría la movilidad del tiempo y el alma, por la renovación de sus impresiones y de sus lineamientos; no tendría suficiente, para realizar tal obra, con el estilo sencillo de los dialécticos y los clásicos: tendría necesidad de usar frases más retorcidas, capaces de atemperarse y atenuarse unas á otras; palabras más especiosas, provocando con ellas un número de relaciones y recuerdos. Sería menos de leer que de saborear

tal obra; parecería uno de esos perfumes complejos y preciosos en que á la vez se respiran veinte esencias escogidas y suavizadas por su concordancia mutua. En describiéndose al género, se ha descrito al hombre. El lector habrá nombrado á M. Sainte-Beuve, pero el género no corresponde sino al hombre y no se le puede imponer á nadie la torpeza ó la impertinencia de imitarle.

Tolérense, pues, las demás indagaciones; dejad al objeto que ha proporcionado materia á la pintura, que la proporcione también á la filosofía; permitid que el análisis se extienda también al campo del arte; que si es bello describir un personaje, acaso también sea interesante hacerle *comprender*. Son los dos estudios diferentes, pues que la imaginación difiere de la inteligencia, y el razonamiento tiene el derecho de descomponer aquello que los ojos han contemplado y lo que el corazón ha sentido. Yo puedo preguntarme que de dónde vienen ciertas cualidades, ciertos defectos, ciertas pasiones, ciertas ideas; cuáles son efectos y cuáles causas; de qué facultades primitivas se derivan; si alejándose más en la indagación de estas facultades no llegará uno á remontarse hasta una fuente común; qué parte y qué clase de sentimientos ha puesto cada una de ellas en la pasión total. Las emociones y los pensamientos de los hombres están relacionados como las partes y los movimientos del cuerpo; y puesto que este encadenamiento merece ser notado en el mundo corporal y visible, merece también ser observado en el mundo invisible é incorpóreo, y desde este punto caen todos vuestros preceptos; las

reglas que rigen la pintura no tienen jurisdicción en el análisis; aquello que sería un defecto para la primera se hace un deber para la segunda. ¿Os desenvolvéis? Ella se reduce. ¿Perseguís los detalles delicados? Ella indaga las grandes causas. ¿Cazáis al vuelo aquellas líneas fugaces que hacen aparecer en la imaginación toda una figura? Ella se atiene á las fuerzas generadoras que producen en la vida toda una serie de acontecimientos; vosotros descuidáis muchos puntos que á ella importan y desatiende muchos aspectos que os interesan. Para ella el cambio de objetos ha cambiado el resto; si se ha encontrado su fin legítimo, no se la puede prohibir el paso por el camino que la conduce á su fin.

Tomemos ejemplos sensibles: sea un noble caballo, y ante él, pincel en mano, el mejor pintor del mundo. Poco á poco una figura se diseña sobre el lienzo; una cabeza en extremo vivaz; las narices, abiertas; los ojos, ardientes; la línea de la grupa se curva; el pelo vibra; los jarretes se tienden como arcos; una amplia luz cae sobre el costado, que se apompa, y bajo aquellos músculos tensos percíbese la soberbia contextura que va á proporcionar sus impetuosos movimientos. ¿Tiene ya nada más el pintor que hacer allí? ¿Y el lienzo, así recubierto, responde á toda cuestión?

Sólo una queda sin respuesta, y toda ella contenida en esta breve frase: *¿por qué?*

Armado de esta breve frase, llega un hombre, observa el animal. ¿Por qué se mueve la pierna? ¿Por qué el hueso está elevado? ¿Por qué el tendón inser-

to en el músculo tira del hueso? ¿Por qué el nervio, bajo la acción de la medula y el cerebro, contrae el músculo? ¿Por qué la pierna está construída de ese modo? ¿Por qué el animal es vertebrado y mamífero? ¿Por qué el tipo designado por su nombre exige tal disposición permanente de partes? ¿Por qué las necesidades de su vida exigen cierta concordancia entre sus instintos, su estómago, sus facultades, sus miembros y sus movimientos. He aquí, pues, nuevas indagaciones, y es claro que el segundo observador que venga no está obligado á seguir las huellas del primero. El color de los ojos, las manchas del pelo, los temblores de la piel, la expresión de la boca, los juegos de la luz, todo cuanto hay de momentáneo en el movimiento y en la vida, lo podrá descuidar ó indicarlo apenas. Su objeto no es provocar ilusión ni causar deleite, excitando la simpatía, sino encadenar una serie de efectos bajo un sistema de leyes.

¿Hay, pues, una anatomía en la historia humana, como en la historia natural? ¿Por qué la crítica y la filosofía de Tito Livio son hasta tal punto buenas y son malas hasta cuál otro? ¿Por qué algunos de sus caracteres y algunas partes de sus caracteres son ciertos y el resto están llenos de imperfecciones? ¿Por qué logra triunfar en muchas clases de discursos y fracasa en otros? La misma cuestión engendra aquí las mismas indagaciones, y la misma respuesta se opone aquí también á las mismas objeciones. Lo esencial es encontrar la forma de ingenio original de donde se deducen todas las cualidades importantes del hombre y de la obra. No te-

más suprimir nada de esto; estas dos palabras, historiador y orador, contienen más cosas de lo que parece á primera vista; la mayor parte de aquellas que os parezcan omitidas se hallan contenidas allí: el patricio religioso, el hombre honrado y el romano, contribuyen á formar en él al orador; los acontecimientos que le han rodeado, la caída de la República y el restablecimiento del Imperio, le han retenido en las Bibliotecas, en lugar de llevarle á la tribuna, y le han hecho historiador, en lugar de hacerle hombre de Estado. Veis que la fórmula lleva enlazadas consigo, como precedentes ó como consecuencias, todos los rasgos importantes; respecto á los otros, una palabra cualquiera los indica de pasada. No necesitan más espacio; ellos son accidentes y no causas, y una vez sentadas y seguidas las causas, tenemos ya cuanto queríamos tener.

Pues esto mismo sucede respecto á todas las cosas, y singularmente respecto á todo grupo natural de acontecimientos humanos. Sólo ciertos rasgos son en ellos esenciales; el resto es accidental. El grupo recibe su unidad, su naturaleza y su sér de una ley ó fuerza que produce y forma todas sus partes; y los cien mil accidentes fortuítos que le afectarán, no harán más que cambiarle su apariencia, sin cambiar nada de su fondo.

Esta distinción es más visible aún cuando no es de un hombre de lo que se trata, sino de un siglo, como el XVII. Sin duda que la superficie de las cosas es en él múltiple y movable. Cada década y cada año cambian allí una cosa. El gusto español apareció y se fué

luego; las novelas, y en seguida los retratos, se pusieron en boga; los jansenistas aparecieron, después los jesuítas; un instante sobrenadan los místicos; después dominan los galicanos. ¿Quién podrá referir las innumerables fluctuaciones, los retornos, los remolinos, el juego de las olas contraídas, entrecortadas, y todas las ondulaciones sinuosas que vienen á plegar la superficie de esta gran corriente? Que se las vaya mencionando conforme pasan y para determinar bajo ellas la marcha del río, nada es más justo; pero, ¿qué se tiene que hacer con su dirección y su fuerza? Aquí, como fuera de ello, el primer cuidado debe ser el de separar lo que es importante y lo que no lo es. Lo importante es saber, por ejemplo, en qué consiste que el arte de explicar, siendo allí perfecto, excluye á los otros; por qué el teatro no es sino un salón de discursos admirables; por qué la filosofía, en lugar de observar los hechos nuevos, se limita á consultar las ideas generales adquiridas (1); por qué la religión pura viene á ser una especie de convicción razonada; por qué Dios es una especie de rey majestuoso, regularmente instituído por la tradición y confirmado por la reflexión. Todas estas cualidades y las demás que se les asemejan, se derivan de la fórmula primitiva y no son importantes, sino porque se derivan de ella. Sólo pertenecen á la naturaleza del siglo; vienen de sus profundidades y no de fuera de él; forman un conjunto, del cual nada puede separarse sin que

(1) De aquí surge la física de Descartes, su prueba de Dios, etc.

perezca el resto; ellas manifiestan una fuerza universal presente en todas partes y activa, soberana de todas las grandes cosas y directora de todos los grandes acontecimientos. Sólo esta fuerza interesa al filósofo, porque, según palabras de Aristóteles, lo universal es el objeto único de la ciencia; y en formarlas es en lo único que se invirtió todo el siglo XVI y bajo su presión fué como nació el siglo siguiente. Cada uno de ellos supone así su antecesor y predice su sucesor. El fin de la historia no es anegarse, como se la ve hacer hoy, en la multitud de los detalles, sino remontarse hasta aquella fuerza madre, encerrarla respecto á cada siglo en su fórmula y relacionar entre ellas las fórmulas, observar las necesidades por las cuales se derivan unas de otras y separar, en fin, el tipo hereditario y la situación primitiva de donde el resto proviene. Entonces solamente cesará de ser la historia una compilación y será una ciencia; entonces solamente será cuando podremos percibir y medir las potencias secretas que nos mueven; acaso entonces se podrá *prever*.

¡Qué sequedad, se dirá, y qué desagradable figura tendrá la historia, reducida á una geometría de fuerzas! Poco importa: su objeto no es divertir. Además, si yo escribo friamente, esto será falta mía; no culpis de ello al método, sino al escritor; las fuerzas que gobiernan al hombre son siempre humanas; no son sino pasiones empleadas por las facultades y facultades desarrolladas por las pasiones; no son sino maneras de pensar y sentir permanentes, sujetas al hombre ó á la raza, desde su nacimiento hasta su

muerte, y las hay siempre semejantes en nosotros mismos, y no podemos observarlas en otro sin sentir que se revelan y se agitan en lo más profundo de nuestro corazón. Me atrevo á decir más: ellas son nosotros mismos, componen nuestra substancia y nuestro sér; nos han llegado á través de los siglos y han entrado en nosotros con nuestra propia inteligencia y nuestra sangre. No hay en nosotros una idea ni un sentimiento cuyo trayecto y origen no se pueda indicar. El hábito del análisis nos viene del siglo XVII; la libertad de pensar comenzó en el Renacimiento; el profundo manantial de nuestra tristeza fué fomentado por la Edad Media; nuestra idea de Dios nació en Judea, y nuestra sutileza lógica se remonta á la cuna de nuestra raza, en el fondo de la India.

La historia entera ha contribuído á fabricar el sér que sois cada uno de vosotros, y así el pasado revive conservado en el presente. Interesa, pues, tanto como el presente; interesa mil veces más en adelante. Pues las facultades y las pasiones mezquinas se hacen sublimes en los grandes hombres y en las grandes masas; reciben la amplitud del genio que las conduce y del siglo que rigen. Esta creó una religión en Judea; aquella, un Imperio en Roma; esta otra, una filosofía en Grecia, y aquella otra un mundo entero en la China y en la India. Ellas son las divinidades del mundo humano, siempre vivientes, activas en todo caso, fuentes de toda belleza y de toda armonía; se dan la mano con otras potencias, hijas de la misma raza y dueñas de la materia, como ellas lo son del espíritu; y todas juntas forman el coro invisible de que

hablan los antiguos poetas, que circula á través de los seres y por el cual palpita el universo eternal.

Este espectáculo me parece noble; el método es el instrumento que le proporciona; este instrumento, fabricado por Aristóteles y Hegel, es el que merece ser aquí defendido solamente, y respecto al obrero no haré otra cosa que demandar perdón.

Prefacio de la segunda edición ⁽¹⁾

Varios críticos me han hecho el honor, ya de combatirme, ya de aprobar eso que ellos llaman mi sistema. Yo no tengo la pretensión de tener un sistema. Un sistema es una explicación del conjunto é indica una obra hecha; un método es una manera de trabajar é indica una obra por hacer. Yo he querido trabajar en un determinado sentido y en cierta forma nada más. La cuestión está en saber si esta forma es buena. Para esto es necesario practicarla; y si el lector quiere hacer la prueba podrá, por sí, juzgar. En lugar de impugnar las refutaciones, yo quiero refinar el procedimiento que las causa, y aquellos que lo hayan seguido sabrán por ellos mismos si conduce á la verdad.

I

Está de todo punto comprendido en esta nota que las causas morales tienen, como las físicas, *dependencias y condiciones*.

(1) Este prefacio figura á la cabeza de todas las ediciones de los *Ensayos*, á partir de la segunda.

Supongo que se quiere comprobar esta máxima y medir su importancia. El lector tomará por ejemplo á algún artista, sabio ó escritor notable; tal poeta ó cual novelista, y leerá sus obras, pluma en mano. Para leerlas bien, las clasificará en grupos naturales, y en cada grupo distinguirá estas tres cosas distintas, que se llaman: los personajes ó caracteres, la acción ó intriga y el estilo ó forma de escribir. En cada una de estas regiones anotará, siguiendo el hábito de todo crítico, mediante algunas palabras breves y expresivas, las particularidades salientes, las líneas dominantes y las cualidades propias de su autor. Llegado al término de esta primera operación, si tiene alguna práctica, verá llegar á la punta de su pluma una frase involuntaria, singularmente vigorosa y significativa, que resumirá toda su labor y pondrá ante sus ojos un cierto género de gusto y de talento, una determinada disposición de espíritu ó de ánimo, un cierto complejo de preferencias y de repugnancias, de facultades y de insuficiencias; dicho de una vez: un cierto *estado psicológico* dominador y persistente, que es el de su autor. Que repita el lector la misma operación sobre las otras porciones del mismo objeto; que compare en seguida los tres ó cuatro resúmenes á los cuales le habrá conducido cada uno de sus análisis parciales; que añada entonces á los escritos de su autor su vida, entendiéndolo por ésta su conducta respecto á los demás hombres, su filosofía; es decir, su modo de ver el mundo, su moral y su estética; esto es, sus vistas de conjunto respecto á lo bueno y lo bello; que reúna todas las indicadas frases abreviadas, que son la

esencia concentrada de miles de observaciones que habrá hecho y cientos de juicios que habrá formado. Si sus anotaciones son precisas, si tiene el hábito de percibir los sentimientos y las facultades bajo las palabras que las designan, si la mirada interior por la cual separamos y definimos las diversidades del sér moral es suficientemente ejercitada y penetrante, verá que sus siete ú ocho fórmulas dependen las unas de las otras; que estando establecida la primera, las otras no pueden ser diferentes de como son; que, por consiguiente, las cualidades que representan están entre sí tan encadenadas, que si una variase, las otras variarían de una forma proporcional y que, por tanto, constituyese así un sistema, como un cuerpo organizado. No sólo tendrá el sentimiento vago de este acuerdo mutuo, que armoniza las diversas facultades de su espíritu, sino que tendrá la percepción distinta de ella; podrá probar lógicamente que tal cualidad, ya sea la violencia, ya la sobriedad de imaginación, ya la aptitud oratoria ó la lírica, probada en un solo punto, debe extender su ascendiente sobre el resto. Por un razonamiento continuo relacionará así los diversos pensamientos del hombre que examina, bajo un pequeño número de inclinaciones gobernantes, de la que aquéllos se deducen y los explican; y se proporcionará el espectáculo de las admirables necesidades que enlazan entre ellos los hilos innumerables, matizados y enredados, de cada sér humano.

Este es el caso más sencillo; pero supongo que el lector quiere hacer la experiencia sobre un caso más extenso y más complicado, sobre una gran es-

cuela, como la de los dramaturgos ingleses ó españoles; los pintores florentinos ó venecianos, ó sobre una civilización entera, como la de la antigua Roma, ó sobre una raza, como la de los semitas, y hasta sobre un grupo de distintas razas, como la de los pueblos arios; y para tomar un ejemplo, sobre una época bien determinada, el siglo de Luis XIV. Para esto ha sido necesario leer antes y ver mucho, y, probablemente, de tantas observaciones sólo habrá quedado en el espíritu del lector alguna impresión de conjunto, es decir, el sentimiento vago de una concordancia mal definida entre la muchedumbre de obras y de pensamientos que han pasado ante sus ojos. Pero yo le pido que vaya más lejos y por caminos más seguros. Aquí, como en el caso precedente, y como en toda indagación exacta, es necesario, en primer lugar, clasificar los hechos y considerar separadamente cada parte de ellos; de un lado las tres grandes obras de la inteligencia humana: la religión, el arte y la filosofía; de otro las dos grandes obras de la asociación humana: la familia y el Estado, y de otro, en fin, las obras materiales de la labor humana: la industria, el comercio, y la agricultura, y en cada uno de estos grupos generales considerar los grupos secundarios en los cuales se subdividen. No tomaremos de estos más que uno: la filosofía; cuando el lector haya estudiado la doctrina reinante de Descartes y Malebranche; cuando después de haber anotado el método, la teoría de la extensión y del pensamiento, la definición de Dios, la moral, etc., se haya figurado claramente el punto de partida, la clase de genio que han

determinado la obra entera; cuando él haya precisado su idea, poniendo en observación la filosofía imaginativa y tumultuosa del siglo precedente, la filosofía destructiva y comprimente de la Inglaterra contemporánea, la filosofía experimental y escéptica del siglo siguiente, llegará á separar, en la filosofía francesa del siglo XVII, una determinada tendencia distinta, de donde se deriva, como de su fuente, su sumisión y su dependencia; su pobreza teológica y su lucidez lógica; su nobleza moral y su sequedad especulativa; su inclinación á las matemáticas y su desdén por la experiencia. De una parte la mezcla de compromisos y de enredos, que denuncia una raza más propia para el razonamiento que para las vistas de conjunto; de otra parte esa mezcla de elevación y de frialdad, que acusa una edad menos entusiástica que correcta. Que haga en seguida una operación semejante con las otras porciones contemporáneas de la inteligencia y de la acción humana; que compare entre ellos los resúmenes, en los cuales, bajo forma fácil de manejar y portátil, se habrá depositado parcialmente la sentencia de la obra observada; si para esta especie de química que se llama análisis psicológico se tiene cuidado de reconocer los ingredientes de cada extracto, se descubrirá que se encuentran en las diferentes redomitas elementos semejantes; que las mismas facultades y las mismas necesidades que han producido la filosofía, han producido la religión y el arte; que el hombre, al cual este arte, esta filosofía y esta religión se dirigen, está preparado por la sociedad monárquica y por las condes-

dependencias de salón, para gustarlas y comprenderlas; que el teatro, la conversación, los jardines, la vida de familia, las jerarquías del Estado, la docilidad del súbdito, la noble domesticidad de los grandes y la humilde domesticidad de los pequeños, todos los detalles de la vida privada y pública, se concuerdan para fortificar los sentimientos y las facultades reinantes, y que no solamente las diversas partes de esta civilización tan amplia y tan compleja se hallarán reunidas justamente mediante *dependencias* mutuas, sino que estas dependencias tienen por causa la presencia universal de ciertas aptitudes y de ciertas inclinaciones, siempre las mismas, extendidas, bajo figuras diversas, en los varios compartimientos donde se haya fundido el metal humano. Entre un carpinal de Versalles, un razonamiento filosófico y teológico de Malebranche, un precepto de versificación de Boileau, una ley de Colbert, sobre las hipotecas, un cumplimiento de antecámara á Marly, y una sentencia de Bossuet sobre la monarquía de Dios, la distancia parece infinita é infranqueable; no hay allí ninguna relación aparente. Los hechos son tan semejantes que al primer aspecto se les juzga tales como se presentan; es decir, aislados y separados. Pero los hechos comunican entre ellos por las definiciones de los grupos en que están comprendidos, como las aguas de un manantial por las alturas de las vertientes de donde se derivan. Cada uno de aquellos es una acción del hombre ideal y general á cuyo alrededor se acumulan todas las invenciones y todas las particularidades de la época; tiene por causa cada uno de ellos

cualquiera actitud é inclinación del modelo reinante. Las diversas inclinaciones ó actitudes del personaje central se equilibran, se armonizan, se atemperan las unas á las otras bajo algún pensamiento ó facultad dominante, porque son el mismo genio y el mismo corazón los que han pensado, querido, imaginado y obrado; porque son la misma situación genial y el mismo natural innato los que han formado y regido las mismas obras, separadas y diversas; porque es el mismo sello el que se ha impreso diferentemente en diferentes materias. Ninguna de sus impresiones puede cambiar, sin traer el cambio de las otras, porque si una de ellas cambia es por el cambio del sello.

Queda un paso que dar. Hasta el presente no se ha hablado sino de la relación de cosas *simultáneas*; ahora se trata de la relación de cosas *sucesivas*. La lectura habrá probado que las cosas morales, como las cosas físicas, tienen *dependencias*; al presente debe comprobar que, como las cosas físicas, también tienen *condiciones*.

Habéis buscado y encontrado la definición de un grupo, quiero decir, la frase breve, exacta y expresiva que encierra en su estrecho contenido los caracteres esenciales de donde los otros pueden ser deducidos. Supongamos aquí que ella designa los del siglo XVII en Francia; comparándola á aquellos mediante las cuales habéis designado la época precedente y las otras más antiguas de la misma historia, en el mismo país, procurad ver si los diversos términos de esta serie no contienen algún elemento común. Se encuentra uno de este modo el carácter y el genio,

propios de la raza, transmitidos de generación en generación, y siempre los mismos, á través de los cambios de cultura que de la diversidad de organizaciones y la variedad de producciones.

Este carácter y este espíritu, una vez constituídos, se encuentran más ó menos inclinados á la disciplina ó la independencia personal; más ó menos apropiados al agudo razonamiento ó á la emoción poética; más ó menos dispuestos para la religión de la conciencia, ó de la lógica, ó del hábito.

En un momento dado, durante un período, producen una obra, y su naturaleza, unida á la de la obra, es la *condición* de la obra siguiente como en un cuerpo organizado, el temperamento primitivo, unido al estado anterior, es la condición del estado siguiente. Aquí, como en el mundo físico, la condición es suficiente y necesaria; si ella se presenta, la obra no puede faltar; si está ausente, la obra no puede aparecer. Del carácter inglés y del despotismo legado á los Estuardo por los Tudors salió la revolución de Inglaterra. Del carácter francés y de la anarquía nobiliaria legada por las guerras civiles á los Borbones, salió la monarquía de Luis XIV. Para producirse bajo León X aquella soberbia floración de las artes del diseño, fué necesario el precoz y pintoresco genio italiano, con el reinado prolongado de las costumbres enérgicas y de los instintos corporales de la Edad Media. Para producir los primeros siglos de nuestra Era aquella admirable vegetación de filosofía y de religiones místicas, fué necesaria la aptitud especulativa de nuestras razas arias, al mismo tiempo que el

desmoronamiento de aquel mundo que se hallaba encerrado bajo un despotismo sin igual y el ensanchamiento de los espíritus, engrandecidos por la ruina de las nacionalidades. Si el lector procura hacer bien la experiencia sobre un período cualquiera, si se apoya en textos, si lee y juzga por sí mismo, si analiza metódicamente su objeto, si se eleva por grados, de los caracteres que gobiernan los grupos medianos hasta aquellos que gobiernan los grupos más vastos, si está atento á rectificar y á precisar incesantemente sus resúmenes, si se habitúa á ver claramente estas cualidades y estas situaciones generales que extienden su imperio sobre los siglos y las naciones enteras, se convencerá que de ellas dependen de cualidades y situaciones anteriores, tan generales como ellas mismas; de que, apareciendo las segundas, las primeras tienen que haber precedido; de que ellas juegan entre sí al gran juego de la historia; que hacen ó deshacen las civilizaciones por sus armonías ó sus desacuerdos; que nuestra corta y efímera vida no es sino una ola en sus corrientes, y que tenemos en ellas y por ellas la acción y el sér. Al cabo de un poco tiempo él abrazará bajo una sola mirada el conjunto que gobiernan ellas; no las verá más como fórmulas abstractas, sino como fuerzas vivientes mezcladas á las cosas, presentes por doquier, obrando siempre, verdaderas divinidades del mundo humano, que dan la mano por encima de ellas á otras potencias dueñas de la materia, como ellas lo son del espíritu, para formar todas juntas el coro invisible de que hablan los antiguos poetas, que circula á tra-

vés de las cosas, y por el cual palpita el universo eternal.

II

Se ve que se trata aquí de una experiencia semejante á la que hacen los sabios en filosofía ó en química. En uno como en otro caso un hombre os dice: «Tomad tal materia, divididla de tal forma, practicar en ella tales y cuales operaciones y en tal orden; llegaréis á comprobar tales dependencias ó á separar tal principio. Yo he llegado á esto en treinta ó cuarenta casos elegidos en circunstancias diversas.» No se puede aceptar ó rechazar su idea sino comprobándola; no hay que refutarle, sino decirle: «Vuestro método es malo, porque hace estilo rígido y desagradable.» El os responderá muy alto: «Tanto peor para mí.» No hay que refutarle tampoco entonces, sino decirle: «Yo rehusó vuestro procedimiento porque la doctrina á que conduce altera mis condiciones morales.» El responderá muy bajo: «Tanto peor para vos.» Sólo la experiencia destruye la experiencia, porque las objeciones teológicas ó sentimentales nada pueden contra los hechos. Ora sea el hecho una formación de tejidos, y observados con el microscopio, una cifra de equivalencia, comprobada por la balanza ó una concordancia de facultades ó de sentimientos, analizados por la crítica, su valor es el mismo; no hay autoridad superior que pueda rechazarle de buenas á primeras y sin previa comprobación;

se está obligado para desmentirle á repetir la operación que le produjo. Cuando un psicólogo os dice que los elementos anatómicos se forman por generación espontánea en cada sér viviente y que éste es un agregado de individuos elementales dotado cada uno de una vida propia y distinta, ¿os creéis en el derecho de protestar á nombre del dogma teológico de la creación, ó del dogma moral de la personalidad humana? Esta clase de protestas, que podían hacerse en la Edad Media, no pueden hacerse hoy en ninguna ciencia; lo mismo en historia que en fisiología ó en química, desde que el derecho de regular las creencias humanas ha pasado por completo al terreno de la experiencia, y los preceptos ó doctrinas, en lugar de autorizar la observación, reciben de ella toda su autoridad.

Es por otro lado fácil de ver que las objeciones de esta índole provienen del desprecio, y que el adversario está engañado por las palabras, que acepta sin dudar. Él os censurará al considerar los caracteres nacionales y las situaciones generales como las únicas grandes fuerzas de las historias, y deducirá de aquí que suprimís el individuo. Olvida que estas grandes fuerzas no son sino la suma de los pensamientos y de las acciones de los individuos, que nuestros términos generales son expresiones colectivas, por las cuales reunimos bajo una de nuestras miradas, veinte ó treinta millones de almas inclinadas y obrando en un mismo sentido; que cuando cien hombres empujan una rueda, la fuerza total que ésta desarrolla no es sino el conjunto de las fuerzas de los cien

hombres, y que los individuos existen y obran, así en un pueblo, como en un siglo ó una raza, cual las unidades componentes de una suma, de la que no se escribe sino el número final. De un modo igual os inculpará de tratar de convertir al hombre en máquina, de sujetarle á algunas ruedas interiores, de someterle á grandes presiones circunstantes, de negarle su personalidad independiente y libre y de quitar valor á nuestros esfuerzos, considerando que somos empujados y conducidos por fuera y por dentro por fuerzas que no hemos producido y que tenemos, sin embargo, que sufrir. Olvida lo que es un alma individual, como se ha olvidado de lo que es una fuerza histórica; separa el nombre, de la cosa, lo vacía y lo pone aparte, cómo un sér eficaz y distinto. Cesa de ver en el alma individual, como en la fuerza histórica, los elementos que la componen, así como á los individuos cuya fuerza histórica sólo es el resultado y tiene presentes las facultades y las tendencias, de las cuales el alma individual es el conjunto. No observa que las actitudes y las inclinaciones fundamentales de un alma le pertenecen; que los que toma de la situación general ó del carácter nacional le son ó vienen á serle plenamente personales; que cuando obra á impulsos de ellos es por sí misma, por su fuerza propia, espontáneamente, con una completa iniciativa, con entera responsabilidad y que el artificio del análisis por el cual se distinguen sus motores, sus engranajes sucesivos y las distribuciones de su movimiento primitivo, no impiden al todo, que es ella misma, sacar de sí su impulso y su dirección; es de-

cir, su energía y su esfuerzo. No observa tampoco que las indagaciones de este género, bien lejos de desanimar al hombre, haciéndole presente su esclavitud, tienen por efecto aumentar sus esperanzas, aumentando su poder; que ellas, como las ciencias físicas, establecen dependencias constantes entre los hechos; que el descubrimiento de estas dependencias en las ciencias físicas ha dado á los hombres el medio de probar y modificar, hasta cierto punto, los fenómenos de la Naturaleza; que un descubrimiento análogo en las ciencias morales debe proporcionar á los hombres el medio de probar y de modificar los acontecimientos de la historia; y somos tanto más dueños de nuestros destinos cuanto más exactamente definimos las relaciones mutuas de las cosas. Cuando llegamos á conocer la condición suficiente y necesaria de un hecho, la condición de esta condición y así sucesivamente, hemos logrado así tener ante los ojos una cadena de datos, de la cual basta separar un anillo para separar los que le siguen; de manera que los últimos, aunque situados más allá de nuestra acción, están sometidos á ella por contragolpe, desde el momento en que uno de los precedentes caen bajo nuestro alcance. Todo el secreto de nuestro progreso práctico, desde hace trescientos años, se halla encerrado en esto (1); nosotros hemos separado y definido muchos hechos de tal modo relacionados, que apare-

(1) Véase la admirable *Lógica* de Stuart Mill, sobre todo su *Teoría de la inducción*.

cido el primero, el segundo no deja nunca de seguirle, de donde se desprende que obrando directamente sobre aquél podemos obrar indirectamente sobre el segundo. Es de este modo como, aumentando el conocimiento, aumentará la potencia; y la consecuencia manifiesta es que en las ciencias morales, como en las políticas, la indagación fructuosa será aquella que separando las parejas, es decir, las *condiciones* y las *dependencias* de las cosas; permite á veces á la mano del hombre interponerse en el gran mecanismo para alterar ó modificar alguna pequeña rueda (demasiado leve, como para ser movida por una mano de hombre; pero de tal modo importante que su desplazamiento ó su enlace puede provocar un cambio enorme en el movimiento de la máquina), y emplearla por completo en cualquiera dirección que sea su marcha, aquí en la Naturaleza ó allá en la historia, en provecho del insecto inteligente, por el cual la economía de su estructura haya sido penetrada.

Es con este fin y en este sentido como se transforma hoy la historia; es por este trabajo como de ser un simple relato ha venido á constituir una ciencia y á fijar leyes, después de haber expuesto hechos. Percibimos ya muchas de estas leyes, todas muy precisas y muy generales, y que corresponden á aquellas que han sido encontradas ya en la ciencia de los cuerpos vivientes. En ellas, la filosofía de la historia humana repite, como una fiel imagen, la filosofía de la historia natural. Los naturalistas han observado que los diversos órganos de un animal dependen unos de otros; que, por ejemplo, los dientes, el estómago, los

pies, los intestinos, y muchos otros, varían juntamente siguiendo una relación fija, de tal modo que transformado uno de ellos, produce en el resto una transformación correspondiente (1). Lo mismo los historiadores pueden observar que las diversas actitudes é inclinaciones de un individuo, de una raza, de una época, están enlazadas las unas con las otras de tal manera que dada la alteración de una de ellas en un individuo vecino, en un grupo próximo, en una época precedente ó siguiente, determina en ello una alteración proporcionada de todo el sistema.

Los naturalistas han comprobado que el desenvolvimiento exagerado de un órgano en un animal, como el canguro, por ejemplo, lleva consigo el empobrecimiento ó la reducción de los órganos correspondientes (2). Parcialmente, los historiadores pueden comprobar que el desenvolvimiento extraordinario de una facultad, como la actitud moral en las razas germánicas ó la metafísica y religiosa en los indios, producen en las mismas razas la debilitación de las facultades inversas. Los naturalistas han probado que entre los caracteres de un grupo animal ó vegetal, los unos son subordinados, variables, á veces débiles, y algunos no aparecen; otros, por el contrario, como la estructura en lechos concéntricos de una planta, ó la organización alrededor de una cadena de vértebras en un animal, son preponderan-

(1) La conexión de los caracteres, ley de Cuvier. Véanse los descubrimientos hechos por Ricardo Owen.

(2) El balanceo orgánico, ley de Godofredo Saint Hilaire.

tes, y determinan todo el plan de su economía. De la misma forma pueden los historiadores probar que entre los caracteres de un grupo ó de un individuo humano, los unos son subordinados y accesorios; los otros, como la presencia preponderante de las imágenes ó de las ideas, ó bien la actitud más ó menos grande para las concepciones más ó menos generales, son dominadores y fijan por anticipado la dirección de su vida y la especie de sus invenciones (1). Los naturalistas muestran que en una clase, y hasta en una rama del reino animal, se encuentran todas las especies: que la pata del perro, la pierna del caballo, el ala del murciélago y la aleta de la ballena, constituyen un mismo dato anatómico, apropiado para algunas contracciones ó alargamientos parciales, en las más diferentes aplicaciones. Por un método semejante, los historiadores pueden mostrar que en un mismo artista, en una misma escuela, en un mismo siglo, en una misma raza, los personajes más opuestos de condición, de sexo, de educación y de carácter, presentan todos un tipo común; es decir, un conjunto de facultades y de actitudes primitivas que, diversamente disminuídas, combinadas y agrandadas, proporcionan las innumerables diversidades de un grupo (2). Los naturalistas han observado que

(1) Regla de la subordinación de los caracteres, que es el principio de la clasificación en botánica y en la zoología.

(2) Teoría de los semejantes y de la unidad de composición, de Godofredo Saint Hilaire. Véanse los descubrimientos hechos por Ricardo Owen.

en una especie viviente los individuos que mejor se desenvuelven y se reproducen más seguramente son aquellos á los cuales una particularidad de su estructura les adapta mejor á las circunstancias ambientes; que en los otros las cualidades inversas producen efectos inversos; que el curso natural de las cosas trae así consigo eliminaciones incesantes y perfeccionamientos graduales; que este difavor y esta preferencia inconscientes obran como un escogimiento voluntario, y que así la Naturaleza elegirá en cada medio, para darles el sér y el imperio, las especies mejor apropiadas al medio mismo. Por la observación y un razonamiento análogo, los historiadores pueden establecer que en un grupo humano cualquiera los individuos que alcanzan la más alta autoridad y el más amplio desenvolvimiento son aquellos cuyas inclinaciones y aptitudes corresponden mejor á las de su grupo; que el medio moral, como el medio físico, obra sobre cada individuo mediante excitaciones y represiones continuas; que hace abortar las unas y germinar las otras, á proporción de la concordancia ó del desacuerdo que se encuentra entre ellas y él; que este sordo trabajo es también una selección, y que mediante una serie de formaciones y de deformaciones imperceptibles, el ascendiente del medio conduce sobre la escena de la historia á los artistas, los filósofos, los reformadores religiosos y los políticos capaces de interpretar ó de realizar el pensamiento de su tiempo y de su raza, como son conducidas sobre la escena de la Naturaleza las especies de animales y de plantas más capaces de acomodarse á un clima

y á un suelo determinados (1). Se podían señalar otras muchas analogías entre la historia natural y la historia humana, porque sus sendas materias son semejantes. En la una y en la otra se opera sobre grupos naturales; es decir, sobre individuos formados según un tipo común y divisibles en familias, géneros y especies. En la una y en la otra, el objeto es viviente; es decir, sometido á una transformación espontánea y continua. En la una y en la otra, la molécula original es hereditaria, y la forma adquirida se transforma en parte y lentamente, por la herencia. En la una y en la otra, la molécula organizada no se desenvuelve sino bajo la influencia de su medio. En la una y en la otra, cada estado del sér organizado tiene por doble condición el estado precedente y la tendencia general del tipo. Por todos sus desenvolvimientos, el animal humano continúa siendo el animal bruto; porque las facultades humanas tienen la vida del cerebro por raíz, así las superiores, de las cuales el hombre tiene el privilegio, como las inferiores, de las cuales no lo tienen; y por esta consideración, las leyes orgánicas extienden su imperio hasta el dominio distinto á aquel en el cual las ciencias naturales se mantienen, para dejar reinar á las ciencias morales. Se sigue de aquí que una carrera semejante á la de las ciencias naturales se halla abierta á las ciencias morales; que la historia, la última llegada, puede descubrir leyes, como sus antecesoras; que, como ellas, y en su propia comarca, puede gobernar las

(1) Principios de Darwin sobre la selección natural.

concepciones y guiar los esfuerzos de los hombres; que, por una serie de indagaciones bien conducidas, acabará por determinar las condiciones de los grandes acontecimientos humanos; me refiero á las circunstancias necesarias á la aparición, la duración y ruina de las diversas formas de asociaciones, de pensamientos y de acción. Tal es el campo que le está abierto, el cual no tiene limites; y en un dominio así, todos los esfuerzos de un hombre no pueden llevarle á adelantar más que uno ó dos pasos; observa un reducido rincón y luego otro; de cuando en cuando, se pára, á fin de apreciar qué camino le parece más corto y más seguro; y esto es lo que yo procuro hacer: el más vivo placer de un espíritu que trabaja, consiste en pensar en el trabajo que sobre el suyo harán más tarde los demás hombres.

H. TAINE.

Marzo, 1866.